

¡LA HUERTA HA MUERTO!...¡VIVA LA HUERTA!

DESDE el santuario de la Virgen de la Fuensanta se contempla una vista panorámica espléndida de la huerta. Allí se puede apreciar, por los mayores, cómo en unas decenas de años, muy pocos, la capital y los pueblos y aldeas que la circundan se han ido «comiendo» la huerta como algo irremediable y necesario propiciado por el desinterés de las autoridades en atajar tal conquista. Pero no sólo ha sido la expansión urbana sino la del pequeño propietario que ha sustituido el mínimo habitáculo del barracón o de la casa de labranza por un espacioso y confortable chalé que ya lo quisieran los de la ciudad.

Aquella huerta, surcada por múltiples caminos y carriles polvorientos, se ha trocado por una tupida red de asfalto, porque el carro y las mulas han dado paso al coche y al tractor. Con la introducción de la electricidad, el botijo de agua de aljibe colgado de la higuera, ha sido sustituido por un práctico y hermoso frigorífico, y el candil y la vela por la bombilla.

¡Pobre huerta! Cenicienta de tantos gobiernos que prometieron salvarla, esquilmada por unos y olvidada por otros, motivo del malvivir y la desesperanza de las gentes que la trabajan. Si tu hermosura fuese pareja a tu riqueza, no hubiese emigrado tanto huertano buscando donde ganarse el pan sin desasosiego en las ciudades y dejando semiabandonados sus cultivos.

Aquella huerta tradicional, artesana, plagada de minifundios, donde cada familia cosechaba lo necesario par la casa y así no tener que comprarlo. El huerto familiar, ese está desapareciendo. Y es que allí la máquina apenas si tiene aplicación, además de que la joven generación no tiene vocación de huertano al estilo de sus padres.

Los utensilios de labranza y del uso cotidiano en el hogar están pasando a engrosar las

vitricas y estantes del Museo de la Huerta y las costumbres y relatos de entonces son escuchados con curiosidad, como algo que pasó, cuando lo cuenta el abuelo con cierta añoranza. Los niños de hoy apenas si conocen un carro o un burro (¿...?) y se quedan abobados al contemplar una clueca o al escuchar el canto de un gallo. Ninguno de ellos se ha bañado en una acequia, ni ha bebido agua del brazal...

Es el progreso que viene arrasando y del que todos, incluso el huertano, queremos participar. Ninguna mujer lavaría en el brazal si puede hacerlo en una lavadora.

Aquella huerta muere cada día un poco, triste e irremediablemente. En ella está el alma de Murcia, su belleza y su historia, su folklore y su sello de identidad. Muere porque no ha podido resistir la avalancha de las nuevas tecnologías, porque no da suficiente para poder vivir con dignidad. Es más bucólica y entrañable, es un hermoso jardín motivo de inspiración de poetas, artistas, músicos y pintores, pero nada de esto ha sido suficiente para mantenerla. Sólo en el recuerdo.

La huerta muere, pero no hay que rasgar-se las vestiduras. Hoy se fomenta lo productivo, lo que genera beneficios, lo que interesa a la nación en su conjunto y a los acuerdos internacionales sobre agricultura. Todos estos estamentos ni saben ni quieren saber de sentimentalismo, añoranzas ni folklore, sólo interesa lo económico.

El tío Perico ha dejado paso a Don Pedro y la huerta familiar a la gran finca agrícola creada en el secano con agua del trasvase o de pozos artesianos. Ahora la agricultura semeja a mantas, inmensas verdes, uniforme perfectamente alineados todos los árboles, sin sacrificar lo más mínimo la producción a la variedad ni a la belleza. De los polémicos turnos de agua se ha pasado al riego por goteo o aspersión. En la nueva huerta, más rentable



por más tecnicada, la máquina ha suplido con ventaja al esfuerzo humano. Se ha instalado más apartado de los núcleos urbanos, para que no se repita la invasión, la tracción mecánica ha sustituido a la animal e incluso el agricultor precisa de una preparación técnica más especializada.

Pero el trauma del cambio no ha sido grave, por necesario. Se podrá añorar todo aquello, incluso ser un romántico o un retrógrado, pero no el vivir de espaldas al pragmatismo

que demanda nuestro tiempo. Para las añoranzas están los museos, y están muy bien para no pasar al olvido las costumbres, la historia y las tradiciones de nuestra tierra, pero el futuro exige mirar hacia adelante con esperanza y con hábitos innovadores.

No nos hemos quedado sin huerta, sólo nos la han cambiado.

¡La huerta ha muerto! ¡Viva la huerta!

Esteban Gómez Orenes